RADICALITZEM *la vida*

La majoria de llibres de Virus editorial es troben sota llicències lliures i per la seva lliure descàrrega. Però els projectes autogestionaris i alternatius, com Virus editorial, necessiten un important suport econòmic. En la mesura que oferim bona part del nostre treball pel comú, creiem important crear també formes de col·laboració en la sostenibilitat del projecte. Subscriu-t'hi!!

La mayoría de libros de Virus editorial se encuentran bajo licencias libres y para su libre descarga. Pero los proyectos autogestionarios y alternativos, como Virus editorial, necesitan de un importante apoyo económico. En la medida en que ofrecemos buena parte de nuestro trabajo para lo común, creemos importante crear también formas de colaboración en la sostenibilidad del proyecto. ¡Subscríbete!

Satèl·lit sense quota

-5%

5 compras
mínimo anual
a les 5 compres una sorpresa

Pack bienvenida
Punto de lectura
+ postal

Càpsida

60€

4 libros
Virus editorial
sin límite de precio

-5%
En toda la librería online

Pack bienvenida
Bolsa #RadicalitzemLaVida
+ Punto de lectura
+ postal

Descuentos
En grupos de lectura
i otras actividades

Replicant

100€

8 novedades
Virus editorial
durante un año

Pack benvinguda
Bolsa #RadicalitzemLaVida
+ Punto de lectura
+ postal

-5%
En toda la librería online

Descuentos
En grupos de lectura
i otras actividades

https://www.viruseditorial.net/es/editorial/socios

Jann-Marc Rouillan

De memoria (I)

Los comienzos: otoño de 1970 en Toulouse

Virus editorial

Título original
De memoire (1)
Les jours du début: un automne 1970 à Toulouse

Traducción del francés: Carlos García Velasco

© Agone, 2007
© 2009 de la presente edición, Virus editorial

Maquetación y cubierta: Virus editorial

Primera edición en castellano: junio de 2009

Lallevir SL / VIRUS editorial
C/ Aurora, 23 baixos 08001 Barcelona
T. / Fax: 93 441 38 14
C/e.: virus@pangea.org
www.viruseditorial.net

Impreso en:
Imprenta LUNA
Muelle de la Merced, 3, 2.º izq.
48003 Bilbao
Tel.: 94 416 75 18
Fax.: 94 415 32 98
C/e.: luna-im@teleline.es

ISBN-13: 978-84-92559-10-7
Depósito legal:

Índice

Nota sobre el autor, Sergi Rosés Codovilla 5

A modo de prólogo, Jann-Marc Rouillan 11

De memoria (I). Los comienzos: otoño de 1970 en Toulouse 17

A modo de epílogo 175

Glosario 180

Sergi Rosés Codovilla

Nota sobre el autor

Jann-Marc Rouillan ha escrito este libro en la cárcel, donde aún permanece desde hace más de veintidós años. Miembro del grupo Action Directe (AD), fue detenido en febrero de 1987 junto a otros miembros de esta organización (Joëlle Aubron, Georges Cipriani y Nathalie Ménigon) y posteriormente todos ellos fueron condenados a cadena perpetua por las acciones cometidas por este grupo, que incluían delitos de sangre. Una parte importante de su condena la ha cumplido en prisiones de máxima seguridad, bajo un régimen especialmente duro.

Diversas acciones de protesta, coordinadas con sus compañeros de AD (incluido otro miembro del grupo detenido anteriormente, Régis Schleicher) y apoyadas desde fuera por diversos comités de solidaridad, permitieron que, en el transcurso de su vida carcelaria, haya sido transferido diversas veces a prisiones menos severas, con los mismos derechos que los demás presos (se puede consultar la web www.nlpf.sami-

zdat.net para contactar con estos comités de solidaridad e informarse de las novedades respecto a la situación de los presos de AD). No ha habido, sin embargo, una línea progresiva en la mejora de sus condiciones carcelarias; al contrario, mejoras y castigos han acompañado todo su encarcelamiento: en el 2004, por ejemplo, Rouillan estuvo preso en la sección de los DPS («détenus particulièrement surveillés»), los detenidos sometidos a especial vigilancia de la cárcel de Fresnes

Según la legislación francesa, Rouillan y sus compañeros de AD podían pedir la libertad condicional tras haber cumplido dieciocho años en prisión, esto es, a partir de febrero del 2005. Sin embargo, esta posibilidad, que se otorgó rápidamente al criminal de guerra Maurice Papon, condenado por el envío a los campos de exterminio de miles de judíos franceses durante la Segunda Guerra Mundial, les fue negada en un principio a Rouillan y sus compañeros. Solamente tras una campaña de protestas de los presos de AD y de solidaridad internacional con ellos les fue otorgado paulatinamente un régimen de semilibertad a algunos de ellos: Aubron, enferma de cáncer, fue liberada —no sin lucha y la consiguiente polémica— en junio del 2004, muriendo menos de dos años después, en marzo del 2006; en junio del 2007 el régimen de semilibertad le fue concedido a Ménigon, efectivo a partir del mes siguiente; y finalmente, a finales de septiembre del 2007 le tocó el turno a Rouillan, efectivo más de dos meses después. Ni a Cipriani ni a Schleicher, que lleva preso veinticinco años (desde marzo de 1984), les fue concedida esta medida.

En diciembre del 2007 Rouillan pudo así acceder a una semilibertad consistente en un permiso de salida de la cárcel sólo los días laborables y para ir a trabajar (gracias a la editorial Agone, de Marsella, Rouillan pudo cumplir este requisito), teniendo que regresar a la cárcel cada noche para pernoctar y permaneciendo en prisión todos los días no laborables. Esta situación debía durar un año, hasta diciembre del 2008, cuando, tras un nuevo examen, podría acceder a la libertad condicional. Durante este periodo de semilibertad, Rouillan podía hablar con la prensa, pero no referirse a ningún hecho por el que hubiera sido condenado.

El régimen de semilibertad, aunque altamente restrictivo, fue una bocanada de aire fresco: Rouillan salió de nuevo al mundo exterior, se dedicó de lleno a su labor en la editorial Agone, preparando la edición de varios libros, reencontró amistades, hizo otras nuevas, sorprendió a propios y extraños anunciando su participación en el proyecto de construcción del NPA (Nouveau Parti Anticapitaliste, un proyecto de partido político de extrema izquierda auspiciado por la LCR)..., en suma, pudo empezar a saborear de nuevo la vida, con toda su riqueza y complejidad.

Pero el 1 de octubre de 2008 una entrevista a *L'Express* truncó este camino esperanzador para su vida: una respuesta de Rouillan fue utilizada por diversos grupos de presión como la excusa para devolverlo a la cárcel. Dándole una interpretación tendenciosa, esa respuesta fue convertida en la prueba de su no arrepentimiento, aunque en realidad lo que Rouillan dijo fue que precisamente la prohibición de hablar le impedía poder hacer una balance crítico de las acciones de AD. Respondiendo a la pregunta sobre si se arrepentía de los actos de AD, concretamente del asesinato de Georges Besse (presidente de Renault), Rouillan respondió: «No tengo derecho a hablar sobre esto... Pero el hecho de que no pueda hablar es una respuesta. Porque es evidente que si renegara de todo lo que se hizo, podría hablar. Pero por esta obligación de silencio, se impide también nuestra experiencia de hacer su verdadero balance crítico...»[1].

No deja de sorprender la rapidez con que se desarrollaron los acontecimientos desde que *L'Express* colgó la entrevista en Internet: en el plazo de un día el fiscal pidió la retirada del régimen de semilibertad (que se aplicó preventivamente ya desde ese mismo día), alegando que esa respuesta demostraba que Rouillan había roto el pacto de no hablar sobre un tema prohibido y que además no demostraba ningún arrepentimiento. Sin embargo, Rouillan claramente se había abstenido de hablar sobre los hechos por los que está condenado; y, además, por lo que

1 «Je n'ai pas le droit de m'exprimer là-dessus... Mais le fait que je ne m'exprime pas est une réponse. Car il est évident que si je crachais sur tout ce qu'on avait fait, je pourrais m'exprimer. Mais par cette obligation de silence, on empêche aussi notre expérience de tirer son vrai bilan critique...»

se refiere a la cuestión del arrepentimiento, la legislación francesa no exige éste, por lo que el recurso del fiscal era claramente escandaloso. A pesar de esto, el tribunal de apelación que se reunió dos semanas después se alineó —como era previsible tras la campaña mediática que se desencadenó— con la tesis del fiscal. El resultado: la retirada del régimen de semilibertad, vuelta a la cárcel, restricciones en las comunicaciones con el exterior...

Esta decisión, ratificada en febrero del 2009, significa que Rouillan no podrá solicitar de nuevo la libertad condicional, o un régimen de semilibertad, hasta que hayan pasado dos años. A esto se añade el hecho de que la salud de Rouillan se ha degradado considerablemente desde la anulación de la semilibertad: en el momento en que redactamos estas líneas (mediados de marzo del 2009), las últimas noticias que nos llegan nos informan de que está hospitalizado desde el día 6 de marzo a causa de una neumopatía, una enfermedad que la vida carcelaria sin duda no va a mejorar.

De memoria (I) nos habla de hechos que ocurrieron hace casi cuatro décadas, de los inicios de un compromiso político que llevaría a Rouillan hasta el MIL y más allá. Sin embargo, Rouillan nos sigue hablando desde la cárcel; para salir de ella, la solidaridad es una de las más valiosas armas.

Rouillan es autor de varios libros, de los que algunos han sido traducidos al castellano: *Je hais les matins* (2001) (*Odio las mañanas*, Llaüt, 2004), *Paul des Épinettes ou la myxomatose panoptique* (2002) (*Paul de Épinettes o la mixomatosis panóptica*, Pepitas de Calabaza y Llaüt, 2008), *Alès dédain* (2003), *Le roman du Gluck* (2003), *Lettre à Jules* (2004), *La part des loups* (2005), *Le capital humain* (2007), *De mémoire I* (2007) (*De memoria I*, Virus, 2009), *Chroniques carcérales* (2008), *De mémoire II* (2009), (próximamente en Virus); junto a Aubron, Ménigon y Schleicher ha escrito *Le prolétaire précaire* (2001).

Transformar el mundo, dijo Marx,
cambiar la vida, dijo Rimbaud,
esas dos consignas no son para nosotros
más que una.

André Breton

A Henry Martin y Enric Ollé,
compañeros de piso y de eternas revueltas

El primer borrador de este relato fue escrito en septiembre de 2004; entonces el autor estaba encarcelado en el pabellón de los «detenidos de vigilancia especial», en la planta baja norte de la segunda división de la prisión de Fresnes (Île-de-France). Lo acabó durante el otoño de 2006 y el invierno de 2007 en la prisión central de Lannemezan (Hautes-Pyrénées)

Se incluye un glosario de organizaciones y personajes históricos citados en el texto (indicados con un asterisco tras su primera mención) al final del libro.

Edición preparada por Miguel Chueca, Frédéric Cotton, Thierry Discepolo y Gilles Le Beuze. El glosario y el aparato de notas ha sido realizado por Charles Jacquier en colaboración con el autor, exceptuando las notas añadidas por el traductor a la edición en castellano, debidamente señaladas.

A modo de prólogo

I fougth in the old revolution
On the side of the ghost and the King.
Of course I was very young
And I thought that we were winning;
I can't pretend I still feel very much like singing
As they carry bodies away.
Into this furnace I ask you now to venture,
You whom I cannot betray.[1]

Aún me acuerdo del primer encuentro con Henry Martin. Al igual que de nuestra última conversación por teléfono, en la prisión central de Arles, donde yo estaba entonces preso. La cabina estaba detrás de la reja de la planta, en el rellano, entre las dos unidades. Es por ese detalle que puedo datar nuestra conversación. (Es tan fácil perder el hilo de los años en estos sitios).

---

1 *Combatí en la vieja revolución / En el bando del fantasma y del rey. / Por supuesto, era muy joven / Y pensaba que estábamos venciendo / No finjo que aún me queden muchas ganas de cantar / Mientras acarrean los cuerpos. / Ahora te pido que te aventures en este infierno, / A ti, a quien no puedo traicionar.* [N. del T.]

—Henry, soy Jann-Marc...

Y a continuación su voz.

Hay voces que no se te van nunca de la cabeza. Su eco te produce un estremecimiento a flor de piel. Como si hubiesen impregnado para siempre algunas células inexpugnables de tu cerebro. La voz de Henry era de ésas. Un poco como la voz de Dominique Grange*, la cantante prochina de nuestro tiempo rojo y negro. La primera vez que hablé con ella, por teléfono, hace ya algunos años, presentaba uno de mis libros en una feria del libro anarquista.

—Sí, soy yo... ¿cómo estás?

Y en los abismos de mi carne esa voz cantó inmediatamente:

Écoutez-les nos voix qui montent des usines...[2]

En la casita, en la cocina, la vieja tonada, eternamente en guerra, recobraba vida dando vueltas en el tocadiscos mientras confeccionábamos cócteles molotov y otras bombas artesanales.

¿O era esta otra?

Nous sommes des gauchistes,
Des aventuristes marxistes-léninistes,
Guévaristes ou trotskistes.
Nous sommes des anars,
Nous en avons marre de voir
Vos flicards quadriller nous boul'vards...
Nous sommes tous... des dissous en puissance.[3]

Después de todo, ese estribillo de protesta me iba bien, era toda una premonición para mí, que muy pronto sería un recalcitrante de la reconstrucción de las ligas disueltas...

---

2 *Oíd nuestras voces que suben de las fábricas...* [N. del T.]

3 *Somos izquierdistas, / Aventureristas marxistas-leninistas, / Guevaristas o trotskistas. / Somos anarcos, / Estamos hartos de ver / A vuestros maderos peinar nuestras avenidas... / Somos todos... disueltos en potencia* (*La Pègre* —El hampa—, letra y música de Dominique Grange).

Henry estaba emocionado de oírme al otro extremo del hilo. Lo notaba. Y me molestaba por venir de un viejo compañero. Deseaba tanto que nos peleáramos como cuando, siendo muchachos, nos juntábamos toda la gente maja. Treinta años después, nuestras bromas se cargaban de demasiada sensibilidad entrecana. Se ablandaban en la nostalgia como la tostada en el café con leche.

Desde hacía años, cada mes, como fiel compañero, Henry me enviaba sus comunicados de prensa, sus textos encendidos y sus rabias mecanografiadas. En ellos deslizaba una o dos fotos suyas: una especie de Karl Marx encanecido, sentado como un estibador, en su cocina de proleta, ante una taza de café y una caja de pastas de hojalata pintada; como obrero orgulloso de su oficio, posando a los pies de inmensos pilares de hormigón armado; ataviado informalmente como veraneante, en chancletas y con una blusa floreada; como activista untando de paté rebanadas de pan durante una reunión del Scalp*; y con una nota cómplice al dorso: «¡Mira, amigo mío, cómo tratan a los viejos militantes!».

—Está bien lo que has escrito sobre Enric... ¡Hostia, no has olvidado nada!

Para mi desgracia, tengo la memoria anclada en nuestros viejos sueños. Lo guardo todo. Como si estuviese dotado de un registro íntimo, por la noche, en mi cama, el motor ronronea, arrastrando las cintas. A veces, hace estragos, añadiendo desorden a mi insomnio. Como una vela, yo izo la memoria al *carceral*[4] de mis noches. En vano, pues la escapada siempre es quimérica.

Y Henry, ¿qué conserva en su memoria de nuestra historia? En su casa del Ariège había pegado un cartelito manuscrito. (Hacia la tira de tiempo que ya no filosofaba en las paredes...) «Cuanto más bebo, menos olvido».

Yo le había hecho una promesa.

—Un día, si los cerdos no me devoran, escribiré un libro sobre la casita de la calle de Aquitaine...

La semana siguiente, me dieron la noticia: «Henry ha muerto».

---

4 Viento de la cárcel que el autor añade por asociación a gregal, mistral, etc. [N. del T.]

Un pequeño vaso sanguíneo había reventado en su cabeza. *¡Finita la commedia!*

Lately you've started to stutter
As though you had nothing to say...[5]

¿Cómo decirlo? Las biografías que mis contemporáneos consagran a su turismo revolucionario postsesentayochista me fastidian tanto. Lo mismo su música que su letra. Son tan obscenas como las oblicuas confesiones de los adeptos del *fucking easy* en Tailandia y en otras partes, consignadas bajo los trópicos lívidos de la nueva literatura.

Unos adoptan el tono profesoral de quienes han vuelto a las mandarinadas y otros el morro de quienes están de vuelta de todo. Cincelan sus frases con herramientas que nunca fueron las nuestras. Y para dar la talla —es necesario que su «me acuerdo» se calibre casi al milímetro—, hacen alarde de pequeñas ideas bien pegadas al presente del rebaño. Ese presente de mil años prometido ante el apocalipsis de una capital en llamas. La misma que rechazaban en sus exuberancias diletantes.

Si es posible, yo voy a escribir otra cosa. Lo conseguiré quizás hundiendo mis pies en el enlosado de Fresnes. Como en una rayuela necesariamente sincera. Como cuando saltaba con los pies atados del cielo al infierno de las prisiones sin vuelta atrás.

Me gustaría tanto ser el mecanógrafo de nuestro caldo de cultivo. Nosotros, los protozoarios de una epidemia herética. Y dar testimonio con la honestidad de quien lo ha vivido en primera persona. El que fui, o creía ser, durante unas cuantas semanas entre septiembre de 1970 y febrero de 1971.

Quiero escribir al calor de nuestras impaciencias de entonces, de un tirón, como se traza el surco hacia un horizonte que no se alcanzará nunca y que cada día se aleja un poco más. Me importan un comino los viejos recortes de prensa. No abandonaré el hilo exclusivo de mi memoria. Probablemente, me equivocaré más de una vez. Pero qué importa.

5 *Últimamente has empezado a tartamudear / Como si no tuvieras nada que decir...* [N. del T.]

Lo importante es que he conservado esta historia de la que soy actualmente, bien a mi pesar, el exclusivo depositario.

Dentro de seis meses, un juez del tribunal de cumplimiento de penas me planteará de nuevo la pregunta fatídica: «¿Se arrepiente?»

Mi respuesta no deja escapatoria. Y menos siendo reincidente. Si digo: «me arrepiento», me abrirán las puertas de la prisión. En caso contrario, me tocará dar otra vuelta en el tiovivo hasta que un nuevo juez, un año después, me vuelva a poner la cruz delante para que la bese.

—¿Se arrepiente?

Así que ya sé la respuesta. La he contado tantas veces con los dedos. Y en número de años. Como si fueran las sílabas de un verso antiguo. Pero ante todo quiero estar seguro de dónde vengo. Ponerme a rehacer algunos pasos del camino.

Después de Mayo del 68, la vida se nos presentaba inmensa, cargada de aventuras como los cerezos de frutos en primavera. Y nosotros corríamos aventuras de árbol en árbol como una bandada de estorninos. Cogíamos las cerezas carmesíes a puñados. Y nuestros labios se aturdían con sus besos de carmín.

Todo era extraordinario. Nada era aburrido. Salvo los aburridos, sin duda, que nos pronosticaban la peor de las resacas, y los timoratos que calculan los riesgos recontando sus cupones de la jubilación como los cromos en la escuela.

Queríais hacer tortillas, pero sin romper ni un huevo. Siempre escatimando en todo, siempre representando un papel y escaqueándoos entre las bambalinas. Os considerabais afortunados. Y probablemente incluso pensabais que erais los más astutos. Pero no era más que un juego de equívocos.

Actualmente, cada vez que vosotros, literatos académicos o jubilados de las antiguas luchas, empuñáis la pluma es con motivo de la muerte de un viejo amigo. Pero vuestra huida toca a su fin. ¿Quién se acuerda ya de vuestro papel de entonces? Vosotros que tan a menudo adoptabais la pose, para una historia imaginaria, en vuestros nuevos

trajes de revolucionarios, en la actualidad no prestáis nunca la menor atención a los fieles camaradas, los empleados que quedaron en las fábricas o los que revientan en prisión. Desplegando vuestra sempiterna altanería sobre nuestros días pasados, mezclando el odio y el desprecio, hacéis como si reservarais vuestra solicitud para los pobres, para los inmigrantes y para los trabajadores; pero sobre todo sin concederles una existencia de clase, salmodiando por vuestra parte, herederos de los chupatintas reaccionarios de finales del siglo XIX, que el proletariado no existe.

Evidentemente, el espíritu de la época os bendice con su incensario de dinero. ¡La moral es acomodaticia bajo el reino del capital!

Me lanzo a este texto sin un plan establecido. Me tiro al agua. Nado en un océano de amistad, de camaradería, de pasión y de vida... También de muerte. Pues al querer vivir tan intensamente, muchos se olvidaron incluso de sobrevivir aunque fuera un poco.

¿Cuántos son los que ya no volverán? De los habitantes de la casita de la calle de Aquitaine, ahora ya no quedo más que yo. Sin embargo, nunca tuve alma de superviviente a toda costa. Y los otros, ¿los compañeros que pasaron? Imposible de hacer la lista.

Los más desafortunados dirán: «¡Muertos por nada!». Éstos se irán de un mal trago o de un exceso de metástasis.

Pero hoy que los jueces y los periodistas quieren hacerme hablar de sus muertos, es en vosotros, camaradas, en quienes pienso.

Yes, you who are broken by power,
You who are absent all day,
You who are kings for the sake of your children's history
The hand of your beggar is burdened down with money
The hand of your lover is clay...
You whom I cannot betray.[6]

6 *Sí, tú, a quien el poder ha quebrado, / Tú, que estás ausente todo el día, / Tú, que eres el rey de los cuentos de tus niños. / La mano de tu mendigo está cargada de dinero. / La mano de tu amante es de arcilla... / Tú, a quien no puedo traicionar.* [N. del T.]

CONTRE L'ETAT POLICIER CONTINUONS LA LUTT

Suivons la voie tracée par les ouvriers d
diacets,dans la nuit du vendredi 10Mai 196
travailleurs qui manifestaient contre la r
rue pendant plusieurs heures contre 10000

forme de contestation et de revendication
La répression a été féroce, la résistance
moyens: les bombes incendiaires, des gaz
-ventions internationales et inconnus des
balles en plastic endurci. Les manifesta
les gaz, blessés par les éclats de grena
poursuivis jusque dans les appartements,
par centaines. Des postes de la Croix Ro
sur leur brancard.
A ces violences , les manifestants, ple
Latin ont opposé leur détermination pol
connu les délices des cocktails Molotov
barricades. Plusieurs centaines d'ebtr
Ouvriers n'oublieront pas cette leçon
Devant cette résistance et devant l'a
policier est contraint de reculer et
-nifestants posaient comme préalable
-tent posés.
La lutte contre la repression policiè
-tation capitaliste?.. Les flics ne
que le larbin actuel de la bourgeoisi
présente de la lutte

Otoño de 1970 en Toulouse

1.

Era una bonita noche de fin de verano. El final de estación tolosano pregonaba de rojo la llegada del otoño. A lo largo de la ribera del canal, los matices de granate y de púrpura abrazaban los techos de tejas romanas. En los cuatro puntos cardinales, la luz azotaba con su látigo de oro los muros de ladrillo y, como una bestia desollada, la ciudad sangraba en un martirio de coral.

Mario y yo, codo a codo, subimos la suave pendiente de la pasarela de hormigón. Volvíamos de una reunión o de uno de esos lugares que uno imagina lo bastante misteriosos como para inflamar nuestras impaciencias adolescentes. Los plátanos balanceaban indolentemente sus pesados y tupidos ramajes a ras del agua verde y tranquila. La pasarela establecía un vínculo aéreo entre el barrio de Negreneys, a la sombra de Minimes, y el de Chalets, a continuación, más allá, hacia la antigua villa del otro lado de los bulevares. El arco trazaba un frontera interior

en la ciudad, entre la nuestra, más personal, y la de todos, que aún llamábamos el «centro de la ciudad».

En esa estación del año, nuestro querido barrio periférico respiraba melancolía, tenía el buen olor de los árboles frutales, con la tierra vuelta y en reposo. Al alba, todavía se despertaba con el canto del gallo. Detrás de un seto, a veces, los días soleados, se podía observar a una mujer con el tradicional sombrero de paja, sujeto a sus mejillas por anchas cintas. Y a la noche, en la esquina de una calle oscura, un inmenso palosanto se obstinaba en iluminar nuestro invierno de exilio con decenas de caquis enrojecidos como bolas de Navidad.

Más lejos, en Negreneys, las obreras de los talleres Froufrou, durante la pausa, sentadas en sillas, con sus blusas rosa entreabiertas, ofreciéndose a las miradas de los transeúntes afortunados que pasaban por allí en el momento oportuno.

Cada cuarto de hora, el Chausson* verde y blanco de la línea catorce petardeaba su rumba azulada. El resuello del gasoil quemado perturbaba por un momento la armonía de los aromas de los huertos. Antes de su velada como corista de la ópera del Capitole, uno de los revisores gorgojeaba algunas escalas. En las orillas del canal, nos gratificaba con grandes arias. Era evidente que prefería la de Fausto. Y los pasajeros se abandonaban a su melodía y a las sacudidas de las vías. Con la excepción de un miedoso perrito que ladraba como un condenado en el regazo de una voluminosa mujer.

Para mí la pasarela no era el camino a la escuela cantada por Nougaro[1], sino la del instituto, luego del BEPC. (¿Aún existe? Les gusta tanto destruir.)

Septiembre de 1970, de eso hace tanto tiempo. (¡Treinta y cuatro tacos! Como si fuera un siglo, una auténtica perpetua). La ciudad tenía entonces un aspecto curioso. Conservaba el acento de la epopeya occitana en los rincones de las calles.

Me parece que nos conocíamos de vista y que nos saludábamos en las aceras. En fin, los de nuestra generación, los metidos en la carrera de dar

1 Claude Nougaro (1929-2004), cantautor de Toulouse. Su estilo mezcla el jazz con la música yeyé. Entre sus éxitos destaca *Toulouse*, dedicada a su ciudad natal. [N. del T.]

leña a la pasma sobre el asfalto de nuestro propio Mayo del 68. Aquel que colocaba su barricada en la esquina de la calle de los Lois y cuyas concentraciones partían invariablemente de la plaza de Salin, al pie de la estatua de un viejo hereje inmolado en ese lugar. Como él, también nosotros nos encendíamos... pero con combustibles de pasiones no muy católicas.

Era un tiempo en que, bajo la pasarela, saliendo hacia el Atlántico, todavía cruzaban largas gabarras negras como cormoranes. Francia reía las bufonadas de los gendarmes de Saint-Tropez y tarareaba con Stone y Charden[2] «L'*avventura* [sic], es el amor contigo...». Espantosas figurillas de plástico naranja invadían los apartamentos. Los sindicatos desfilaban coreando: «¡*Pompom*, la pasta!»[3]. En Clairvaux, Buffet y Bontems se aburrían a la espera de que les recortaran la estatura[4]. Ayer, Jimi moría de sobredosis. Como Janis unas semanas después. Al sentir que había llegado su hora, Jimi gritó: «¡No cerréis la puerta que ya llego!» Y llegó[5]. Los legionarios franceses rastreaban el desierto chadiano persiguiendo a los rebeldes del Norte, y las sabanas del Camerún en busca de Ernest Ouandié, guerrillero de la UPC, al que atraparían y asesinarían discretamente[6]. Los EE. UU. ya estaban en guerra: como un nubarrón de catástrofes programadas, los gigantescos B-52 bom-

2 Stone et Chardin, pareja en la vida real, popular dúo francés que inició su carrera por separado para acabar triunfando juntos en los años setenta. [N. del T.]

3 Apodo del presidente Georges Pompidou (1969-1974).

4 En 1970, Claude Buffet fue condenado a cadena perpetua por asesinato; él quería ser condenado a muerte. En 1971, con Roger Bontems, con quien compartía prisión en Clairvaux, toma como rehenes a un guardia y a una enfermera que degollará durante el asalto. Buffet y Bontems serían condenados a la pena de muerte y decapitados el 28 de noviembre de 1972.

5 Jimi Hendrix murió el 18 de septiembre de 1970 en Londres; Janis Joplin el 4 de octubre de 1970 en Los Ángeles y Jim Morrison el 3 de julio de 1971 en París.

6 Movimiento político, la UPC (Unión de los Pueblos Cameruneses) –que se consideraba comunista y se opuso al régimen colonial y después neocolonial (la independencia de Camerún fue concedida en 1960– se organizó como guerrilla en 1953 y desde entonces sufrió una terrible represión por parte de las tropas francesas. Líder de la UPC, Ernest Ouandié fue detenido el 21 de agosto de 1970 y fusilado públicamente el 15 de enero de 1971, después de una parodia de proceso ante el tribunal militar permanente de Yaoundé, acusado de complot para asesinar a Ahmadou Ahidjo, el jefe de Estado camerunés que había puesto Jacques Foccart. (Ver Mongo Beti, *Main basse sur le Cameroun*, Éditions des peuples noirs, 1972; François-Xavier Verschave, *La Françafrique. Le plus long scandale de la République*, Stock, 1999.)

bardeaban los diques de Vietnam del Norte mientras los GI rodeados evacuaban la base de Khe Sanh[7]. Y en territorio jordano, se había masacrado a los palestinos durante un «septiembre negro»[8]. Yo tenía dieciocho años. Mi último cumpleaños lo había celebrado unos días antes a la sombra de una prisión inglesa, húmeda y triste, Winchester Her Majesty's Jail.

Más joven, con quince años como mucho, Mario era hijo de una familia de anarquistas de Barcelona. Se empeñaba con un afán enternecedor en parecerse al Che. En esa época, aún vivía con sus padres, en la calle Anges. Todo esto para decir que era demasiado joven para ayudarnos a resolver el problema que entonces acaparaba una buena parte de nuestra energía. Sin embargo, Mario dijo simplemente: «¡Henry Martin, és él!».

En la otra orilla, una fina silueta sentada sobre una Solex lanzada a toda velocidad se desvanecía por el camino de Raisin.

Enric Ollé y yo buscábamos desde hacía dos semanas un tercer compañero con el que alquilar una casita en el barrio. Hijo, él también, de refugiados catalanes, Enric estudiaba en el Paul Sabatier.

¿Y yo? Yo esperaba la aventura como se espera el autobús, igual que decenas de otros chavales que perdían el tiempo bajo las arcadas, en la terraza del Florida.

Por eso un camarada pertrechado de una nómina nos hacía tanta falta. Y el bueno de Henry descargaba vagones todas las noches en la estación Raynal. ¡De alguna manera, casi un funcionario!

---

7 A comienzos del año 1968, la base de combate de los marines (6.000 hombres) en Khe Sanh (al norte del Vietnam del Sur) sufrió 77 días de asedio por parte del ejército regular de Vietnam del Norte (20.000 hombres). Gracias a los bombardeos y avituallamientos aéreos (alimentos, armas, etc.) los Estados Unidos consiguieron evitar un segundo Diên Biên Phu.
8 Del 17 al 27 de septiembre de 1970, el rey Hussein de Jordania envía al ejército a los campos de refugiados palestinos y masacra a miles de fedayines y de civiles que se habían reagrupado en su país después de la guerra de los Seis Días. En 1971, un grupo militante palestino adopta el nombre de «Septiembre Negro» y asesina al primer ministro jordano Wasfi Tall; en septiembre de 1972, organiza la captura de atletas israelíes como rehenes durante los Juegos Olímpicos de Múnich.

Henry Martin y mi madre se presentaron en la agencia inmobiliaria para firmar el contrato de alquiler. Unas horas después, Henry, Enric y yo nos instalábamos en la casita.

Difícil compartir dos habitaciones entre tres. Así que me tocó dormir con Enric en la sala de abajo, mientras que a Henry le tocó la habitación grande de arriba. Era el mayor —cuatro o cinco años quizás— y trabajaba. Normal la deferencia: al volver de la estación de mercancías alrededor de medianoche, necesitaba descansar.

La calle Aquitaine es una calle estrecha y corta, bordeada de casas bajas, jardines tranquilos y huertos trazados a cordel. (¿Serán acaso la ironía y los celos hacia su vecina los que llevaron a la municipalidad a bautizar una calle tan pequeña con el prestigioso nombre de la región de Burdeos?)

Al oeste, desembocaba sobre un aparcamiento a los pies del casco antiguo de Negreneys. En aquel tiempo, los desvencijados inmuebles apenas ocultaban su miseria tras las fachadas de cemento desnudo y gris. Dos años antes, cuando todavía iba al Instituto Norte, no pocos de mis compañeros de clase vivían allí. Jugando a los *blusons noirs**, a menudo a algunos les tocaba poblar durante algunas semanas la prisión de Saint-Michel con motivo de unas vacaciones penitenciarias. El instituto sin nombre —salvo esa despectiva indicación geográfica— alineaba sus dependencias provisionales al final del callejón sin salida Barthe. ¿Un callejón sin salida?... Franqueando el corto túnel sobre el que pasaba la línea Toulouse-Burdeos, algunos chavales de los cursos superiores venían a pelar la pava a media tarde con sus compañeras menos ariscas. Apenas podían cruzarse dos bicicletas bajo la bóveda. El estrecho pasaje iba a dar a un país de debacle, donde compartían sus límites el mundo moribundo de los hortelanos, los campamentos de gitanos y las cabañas de un barrio de chabolas disimuladas tras los setos y las tapias de guijarros.

Al este, la calle Aquitaine llegaba cerca del cruce de Raisin. Todo alrededor, detrás de los cercados, desde las vías del ferrocarril hasta el canal del Midi, temblaba bajo el viento ábrego, entre el abandono de un viejo campo de cultivo y los remordimientos industriosos de terrenos por definir.

La calle perezosa estaba cerrada a los inoportunos. Después de haber dormitado todo el día bajo el sol, se acostaba pronto, caída la noche. Así que a la que un chaval pasaba a toda pastilla con su motocicleta, se sobresaltaba de repente. Detrás de los setos floridos, el grito de la Flandria[9] tronzaba la modorra en astillas menudas. Aquí, apenas se toleraba el repicar agudo de los tacones de aguja sobre los adoquines de las aceras, sobre todo en las horas más ausentes del Midi[10].

Nuestra casa databa de los años treinta, cuando el barrio se había desarrollado más allá de la ribera del canal y del eje histórico de Negreneys. El edificio, de una planta, estaba dividido a lo largo en dos viviendas. Reservado a los propietarios, que vivían en Marruecos, el segundo estuvo vacío todo el tiempo que nosotros vivimos allá.

Además de las dos habitaciones, una amplia cocina servía para todo. Sin el mínimo confort. Ni cuarto de baño. Nos apañábamos duchándonos en casa de los padres o en la Ciudad Universitaria del Arsenal; o en cualquier otra parte. Y para el día a día, nos contentábamos con una ligera ablución en el grifo de la fregadera. Encima, un calentador de gas en las últimas, avaro de su agua como de su llama azulada, que teníamos que encender a cada momento.

—¡Nos arriesgamos a hacer estallar el barrio con esta antigualla! —gruñía Henry.

Sin embargo, si la casa estaba en peligro de volar por los aires, no era tanto responsabilidad del pobre aparato de gas sino de las latas de gasolina y otros bidones de clorato y pólvora negra que acumulábamos en los armarios.

Unos retretes estrechos y oscuros se escondían bajo la escalera que subía al primer piso, en un recodo frente a la puerta. Los escalones de madera gemían de nostalgia de bosque. Por otra parte, las noches de mucho viento, toda la casa rechinaba, desde los somieres chirriantes donde nos acostábamos hasta las bisagras de las ventanas. Las vigas y

---

9 Flandria: motocicleta fabricada en Bélgica. [N. del T.]

10 Juega el autor con el nombre del canal del Midi, que atraviesa Toulouse, que significa «mediodía». [N. del T.]

todo el armazón crujían como leños de castaño en el fuego. E incluso la fregadera deglutía con el tono grave del canto del sapo en época de celo.

El inmueble se alegraba de nuestra llegada y, en correspondencia, también él nos llenaba de felicidad. Ante todo a mí, pues dejaba el nido familiar. ¡Mi primer domicilio fuera de casa de mis padres! Aunque no me alejaba más que trescientos metros, cortaba los puentes con la infancia. Aun cuando el mobiliario anticuado y ordinario acentuaba la sensación de un lugar familiar, la impresión tranquilizadora de instalarse en casa de una abuela durante las vacaciones. En el primer piso, un pequeño lavabo prolongaba la habitación de Henry. De un metro por dos, se proyectaba como una garita sobre la calle. Amueblada con una mesa de madera cubierta de un hule florido. A modo de lavabo, una simple jofaina y un cántaro esmaltados. Por una ventana en forma de ojo redondo, encima del portón, se podía ver de reojo la calle en línea recta y, a lo lejos, en el cruce, parte de los jardines del bar-estanco.

Infiel a viejas pinturas, el portón de metal separaba la acera de nuestro patio de cemento. Nunca lo cerrábamos con llave, ni de día ni de noche. Las visitas lo entornaban simplemente para ocultarnos de la vista de los viandantes y los vecinos. Por la mañana, al despertar, medio desnudos, nos bebíamos el café sentados en la escalinata o en una silla en medio del pasaje. Hacíamos lo mismo para aprovechar la dulzura de las primeras tardes de otoño. Algunas noches, encaramados en el murete del jardín, los compañeros se juntaban para charlar en voz baja, como las golondrinas en los cables eléctricos antes de emigrar.

También éramos arrendatarios de un huerto abandonado. Al principio insignificante y dócil, se extendía en semilleros cuadrados. Luego, pasada la casita, se escapaba entre los edificios para salpicar, al fondo, el alto muro gris de un manto de jungla casi desbordante. La frontera se establecía en el pilón de cemento de una vieja fuente con una noria, herrumbrosa y fuera de uso. Más lejos, a la izquierda, detrás de un seto, una choza de dos habitaciones ruinosas disimulaba su miseria. No quedaba en pie más que las paredes y el techo prisioneros de la hiedra. Y en una punta, siguiendo el muro gris, un cobertizo de chapas ennegrecidas por el tiempo y el alquitrán servía de cochera y de garaje.

Nuestra mudanza fue breve. Enric trajo su magnetófono. Yo mi guitarra eléctrica. Y Henry su Solex. Que no era suya, pero no importaba. Nosotros no concedíamos ningún valor a los títulos de propiedad y reclamábamos con impaciencia el valor de uso en exclusiva.

No me acuerdo de otros objetos personales, probablemente libros, vinilos de 33 revoluciones y algunos andrajos. Salíamos a la vida como prestidigitadores: «¡Nada en las manos, nada en los bolsillos!».

Nos habían dicho que Henry no era de aquí. Ciertamente, su acento le traicionaba. Como todos los extranjeros ebrios, le pasaba que se empeñaba en imitar nuestra manera de hablar a base de soltar «con» y «putain con»[11] todo el rato. Esa caricaturización nos ponía de los nervios. ¿Cuántas veces se lo habíamos reprochado? Y aún lo ponía peor el hecho de que tenía voz nasal. Algunas noches, Enric se obstinaba en enseñarle algunas palabras de occitano. Mal alumno, Henry refunfuñaba. Y al despertar, como si tuviera la lengua pastosa, hablaba un francés de lo más franchute. Sin embargo, en vísperas de su muerte, él, el anarco, acabó colocando la bandera del Midi entre el retrato del Che, «¡Hasta la victoria siempre, comandante!», y un cartel de la CNT.

(No era por la cantinela grosera por lo que reconocíamos al congénere, sino por la intempestiva gramática franco-occitana. Detrás del más marcado acento franchute, bastaba con que el interlocutor lanzara un «*Que j'y suis été*» para ser descubierto. Nosotros también podíamos desenmascararlo por la atroz utilización de los indefinidos, forma local y cruz de nuestro querido viejo pretérito.)

Enric era catalán. De hecho, también tenía como nombre oficial Henri. Pero ya estaba harto de que, desde su tierna infancia, de la pronunciación francesa de ese nombre de pila, asociado a su apellido de *estrangé* y deformado en «olé», los chavales le gritaran a coro: «*riz au lait... riz au lait* » [arroz con leche].

---

11 «Con» y «putain con» son expresiones vulgares que se emplean continuamente en el lenguaje coloquial para subrayar o dar énfasis a lo que se dice, como hostia, hostia puta, mierda, puta mierda, etc., en castellano. [N. del T.]

Enric permanecía callado durante horas. «En boca cerrada no entran moscas», contestaba cortante si se le exigía una opinión. Durante esos eclipses, participaba en las iniciativas más atrevidas, cualesquiera que fueran y para lo que fueran. ¿Qué le importaba una pelea u horas de indolencia en la terraza, repantigado en una silla del Florida? Parecía ausente, los ojos en el vacío, mesándose los pelos de su barba roja. Cuando, por las tardes, lo arrastrábamos con nosotros por las calles, encorvaba sus hombros, las manos hundidas en los bolsillos de su vieja chaqueta campesina de dril negro. Luego, de golpe, sin saber qué desencadenaba su torrente de palabras, arrancaba a hablar. Imposible interrumpirlo, hablaba durante horas. Hablaba... opinando sobre todo, sobre todos. Hace falta ir ahí y con la misma rapidez a otra parte, hacer esto y evitar esto otro. Y tan repentinamente como la ola había crecido, se agotaba y volvía el silencio. Ni una palabra hasta el día siguiente, apenas un gruñido para decir «sí» y uno más grave para «no».

Un día, en el curso de uno de sus monólogos, volviéndose hacia mí, me soltó a bocajarro: «De todas formas, tú eres occitano». Yo no sabía qué era eso, nunca había oído hablar de ello. Desde muy pequeño, tanto en la granja como en las calles de Auch, nos considerábamos gascones. Incluso en la escuela de la República, el señor Pommès, nuestro viejo maestro, nos había enseñado la lección: «*Qui s'y frotte s'y pique!*»[12]. Sus ojos chispeaban de malicia con ese secreto compartido. Es cierto que quien abordaba el tema bajaba la voz y miraba a un lado y a otro por miedo a que lo oyesen, con ese sempiterno temor a que la gente se ría de uno. Sólo con hablar algunas palabras de esa hermosa lengua que ya se escribía hace mil años, enseguida lo catalogan a uno como el último de los retrasados. ¡Imaginaos, atreverse a «gasconear» en la época de los transistores y de la cultura yeyé! ¡Menudo crimen de lesa majestad!

—Ah, bueno, entonces somos occitanos —No estaba muy contrariado, lo reconozco.

—No, yo soy catalán y tu eres occitano.

Siguió una explicación que me pareció muy embrollada. Acaricián-

12 «¡A quien le pique que se rasque!» [N. del T.]

dose la barba, evocó ampliamente las peripecias de la separación de los catalanes en los años 1920. Antes eran occitanos y después ya no... ¡Era muy complicado! La discusión nos alejó al uno del otro, y yo me quedé con mis orígenes. Excepto las noches en que íbamos a oír un recital de Marti*. Allá, incluso me sentía un poco occitano.

Som nascuts luenc l'un de l'autre
Cers o Marin ne son pas tus vents

Mès anaram empunhar las armas
Volem viure on nashem
L'Occitania saluda Cuba
La dignità, la libertà...[13]

Marti... Martin... Henry habría podido ser de aquí, pero era de Poitou o de por allá. ¡De lejos, en cualquier caso! Nunca evocaba su infancia. Ni a sus padres. ¿Los habría tenido alguna vez? Ni siquiera una mínima vieja anécdota. Para nosotros, Henry simplemente no llevaba consigo ningún pasado. Otro habría hecho de ello un gran misterio con gran aparato de medias palabras y actitudes teatrales. Él, en absoluto. Como identidad nos bastaba con la de su hora presente. Así, su vida había comenzado un año antes cuando, como objetor de conciencia, se encargaba de las actividades de una asociación de barrio, detrás de la plaza del mercado de los cerdos.

Fue allí donde Mario lo había conocido.

13 *Nacimos uno lejos del otro / Cers o marino no son tus vientos / Pero vamos a empuñar las armas / Queremos vivir donde nacemos / Occitania saluda a Cuba / La dignidad, la libertad...* [N. del T.]